

Los presidencialismos, en vez de traer gobiernos fuertes, generan gobiernos débiles, incapaces de manejar adecuadamente la nave del Estado.

El timonel y la nave

Luis Meana

Es este un tiempo de notoria insensatez, como se ve. Propio del *homo festivus*. Demasiados parecidos con las imprevisibles *belles époques*. Recuerda Zweig en *“El mundo de ayer”* aquel sentimiento de “dorada seguridad” que había en Europa antes de la Catástrofe (seminar) de 1914, ignorando la realidad: una seguridad ficticia altamente insegura. Atmósfera que se rompe de golpe por una funesta casualidad. Por ejemplo, Sarajevo. Lo explicó ingenuamente Lloyd George, *premier* británico al final de la Gran Guerra: “las naciones se deslizaron desde el borde a la caldera hirviendo de la guerra sin rastro de recelo o aflicción”. Suele pasar cuando se juega al corro de la patata en la orilla de un volcán, se acaba abrasado.

Algo de eso está pasando ahora: bailoteábamos supuestamente seguros junto a una caldera hasta que, de la nada, surgió silenciosamente Ucrania. No conviene olvidar que, en la Gran Guerra, Europa pasó, en un sólo mes, de vivir en la “era de seguridad” al peor infierno.

Advirtió Platón, en un famosísimo pasaje de *“La República”*, qué ocurre cuando una tripulación insensata pone una nave en manos de timonales miopes, sordos, sin conocimientos ni experiencia en el arte de navegar: se estrella el barco. El verdadero timonel presta atención a los astros, a los vientos y a cuantas cuestiones conciernen a su arte. Conviene recordar que dos de nuestros tres últimos presidentes del Gobierno llegaron a gobernar España no sólo tortuosamente, sino sin experiencia alguna en llevar un timón. ¿Alguien cree que se puede desempeñar un

oficio, incluso el más simple, sin conocimientos ni experiencia?

La razón de esos siniestros la formula Platón en otro texto en el que enuncia una especie de ley del universo: “Si uno peca contra la ley de la proporción y hace que algo demasiado pequeño cargue con algo demasiado grande –exceso de velamen en un navío pequeño..., exceso de atribuciones en un alma muy pequeña– el resultado será necesariamente el desastre total”. Llevamos mucho tiempo dando a almas demasiado pequeñas misiones demasiado grandes. Y añade el mismo Platón: no existe un alma mortal que, siendo joven y teniendo poder ilimitado, pueda disfrutar de la más alta autoridad entre los hombres sin que, al llenarse su cabeza de la más grave enfermedad, la necesidad, acabe mereciendo el odio de sus más cercanos amigos, que lo destruyen y hacen desaparecer todo su poder. Situación que, como hemos visto, se cumple a rajatabla.

Trasladando esa antigua sabiduría a la actualidad, nuestras necesidades están dañando seriamente a la democracia. Sobran timoneles ineptos. Estamos en una crisis de autoridad en todos los órdenes. Crisis general que viene de lejos, pero

que es especialmente visible en España, donde de momento llevamos tres “líderes” adánicos abrasados, y la cosa va a continuar. Crisis que tiene como una de sus principales manifestaciones las patologías de la representación política.

Falsificación de la política

Sintéticamente: no hay democracia real sin representación veraz. Tampoco seguridad ni estabilidad. Cuando la representación no es auténtica, los políticos se convierten en “actores” que “representan” su papel, y la política en simulacro, o sea, teatro, parodia o incluso opereta. Esa falsificación de la política es la consecuen-



Pedro Sánchez, presidente del Gobierno.

cia de una serie de falacias. La primera, la falacia de la (supuesta) capacitación de los políticos. La representación política se sustenta en el sufragio universal. Pero toda elección implica, por su misma naturaleza, selección “aristocrática”: es decir, se elige al supuestamente competente. Se es cargo/gobernante por preeminencia de cualidades: capacidades, méritos, reputación, cualificación... La realidad, sin embargo, sigue otros vericuetos. Hace ya tiempo que la política, y los partidos, son semilleros de ineptitud, no de aptitud. Un circo de “chiquilicuates”.

La segunda, la falacia de la (supuesta) autonomía del político. Se es representante por vinculación real y “obligatoria” con el querer y sentir del Pueblo (por usar un término hoy tan sagrado). En la realidad, sin embargo, el representante político –sea del poder ejecutivo, parlamentario u de otros poderes– está sometido a la ley de hierro de las oligarquías de partido. Que convierten a los electos en *atrezzo*, marionetas de la voluntad (o arbitrariedad) de esas oligarquías.

La tercera, la falacia del Parlamento como (supuesto) templo máximo del debate político. Pero en la “demo-

cracia de partidos”, especialmente en la española, poco se decide en virtud de la mejor razón o de los “grandes intereses del reino”. El factor que lo determina todo es la fidelidad, casi perruna, al partido, la entrega ideológica casi ciega, las demagogias, el clientelismo, el “regateo” de intereses, el intercambio de “bienes” o compensaciones, cuando no el chantaje o la traición. La política se convierte así en un zoco persa al margen del Parlamento y los representados.

Resultado: el poder legislativo ha sido prácticamente devorado por el ejecutivo. En frase de B. de Jouvenel, los parlamentos son “la cola de un cometa cuya cabeza es el Gobierno”. Vivimos en un creciente presidencialismo bastante mostrenco. Las democracias modernas impusieron, por miedo al poder de uno solo, el Monarca, una impersonalización del poder. Pero ahora el capricho arbitrario ha cambiado de sitio: ya no procede del Monarca, sino del monarquismo viciado del líder supremo (pasó con Trump, Macron, y pasa aquí con el actual presidente, que se comporta como un Jefe de Estado-bis que se salta la división de poderes por tierra, mar y aire). Rasgos

autocráticos propios no de una democracia, sino de una anocracia; es decir, de un sistema que mezcla democracia y demasiados elementos de autocracia. Pero esa paradoja del presidencialismo, siendo grave, no es lo peor: lo más sorprendente es que esos presidencialismos, en vez de traer gobiernos fuertes, traen débiles, incapaces de manejar adecuadamente la nave del Estado. Estamos, siglos después, en la misma aporía de Platón: el sistema, el Pueblo/tripulación, elige a los más “vistosos”, no a los más capaces y con más experiencia de mando. Degradación que se agrava en tiempos de crisis. ¿Alguien cree que se pueden afrontar turbulencias serias con gobernantes en debilidad: el tambaleante Biden, el chamuscado Johnson, el doctor sin *honoris causa* Sánchez?

Naturalmente, el fondo de todo este problema es muy complejo. Hay, sin embargo, factores manifiestos. El primero, que los países occidentales son, cada vez más, “parques temáticos” donde la tripulación se recrea, y no sociedades con fe en sí mismas, valores firmes, sensatas y con un diagnóstico real del mundo. El segundo, que se olvida y desprecia, cada vez más, una segunda dimensión –esencial– de la representación política: la “trascendente”. Vinculada a principios propios del orden del universo: como Ley/Justicia, Verdad/Razón, el Bien Común y el bienestar del Pueblo/Nación. Postuló enfáticamente Kelsen que no puede haber democracia sin partidos. Tampoco la puede haber sin respeto a esos bienes trascendentes. Que son pisoteados cada día. Asistimos a diario a la destrucción sistemática del arte de pensar: sustituido por acracias unánimes, sentimentalidades, romanticismos e irracionismos de todo tipo. Se rompen todos los días las reglas sagradas del debate racional: se incumplen las leyes inexcusables de la lógica (contradecirse ya no es vicio, sino virtud), la ignorancia vale tanto o más que el conocimiento, la mentira prevalece sobre la Verdad, los hechos importan menos que los dogmas, las pruebas no tienen valor frente a las creencias. Una vez más, seguridad ficticia altamente insegura. Sin rigor ni vigor. Rumbo con el que, según Platón, las democracias se estrellan. Y en medio de esa confusión de confusiones y de impotencia, aparece entonces el lobo de turno. Pongamos Putin.

Escritor y filósofo

Expansión

DIRECTORA ANA I. PEREDA

DIRECTORES ADJUNTOS: Manuel del Pozo, Iñaki Garay

Subdirector: Pedro Biurrun. Desarrollo digital: Amparo Polo. Corresponsal económico: Roberto Casado. Redactores jefes: Mayte A. Ayuso, Juan José Garrido, Tino Fernández, Javier Montalvo, Emelia Viaña, Clara Ruiz de Gauna, Estela S. Mazo, José Orihuel (Cataluña) y Miguel Ángel Patiño

Empresas Iñaki de las Heras / Finanzas/Mercados Laura García / Economía Juan José Marcos / Opinión Ricardo T. Lucas / Directivos Nerea Serrano Bruselas Francisco Rodríguez Checa / Nueva York Sergio Saiz / Comunidad Valenciana Julia Brines / Cataluña Artur Zanón / Diseño César Galera / Edición Elena Secanella

Director de Negocio: Luis Fontán



EDITORA

Unidad Editorial Información Económica, S.L.U.
Avenida de San Luis 25 de Madrid (28033)
Teléfono de contacto: 91 443 50 00

ADMINISTRADORES

Stefania Bedogni
Nicola Speroni

COMERCIALIZACIÓN DE PUBLICIDAD

Unidad Editorial, S.A.

DIRECTOR GENERAL DE PUBLICIDAD

Sergio Cobos

IMPRESA: BERMONT IMPRESIÓN, S.L. Tel. 91 670 71 50. Fax 91 327 18 93.

DIFUSIÓN CONTROLADA POR



Depósito Legal M-15572-1986 ISSN 1576-3323

Madrid 2022. ©Todos los derechos reservados. Precio: 2€. Sábados 2,50€